

PREFACIO POR JACKIE HILL PERRY

# PRESTON PERRY

## CÓMO DECIR LA VERDAD

LA HISTORIA DE CÓMO DIOS ME SALVÓ PARA  
GANAR CORAZONES Y NO DISCUSIONES



# CÓMO DECIR LA VERDAD

LA HISTORIA DE CÓMO DIOS ME SALVÓ  
PARA GANAR CORAZONES Y NO DISCUSIONES



PRESTON PERRY  
CÓMO DECIR  
LA VERDAD

LA HISTORIA DE CÓMO DIOS ME SALVÓ  
PARA GANAR CORAZONES Y NO DISCUSIONES



Tyndale House Publishers  
Carol Stream, Illinois, EE. UU.

Visite Tyndale en Internet: [tyndaleespanol.com](http://tyndaleespanol.com) y [BibliaNTV.com](http://BibliaNTV.com).

*Tyndale* y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Ministries.

*Cómo decir la verdad: La historia de cómo Dios me salvó para ganar corazones y no discusiones*

© 2024 por Preston Perry. Todos los derechos reservados.

Originalmente publicado en inglés en el 2024 como *How to Tell the Truth* por Tyndale House Publishers con ISBN 978-1-4964-6689-1.

Ilustración de la vidriera en la portada y en el interior © por RJ Vergara. Todos los derechos reservados.

Fotografía del autor © 2023 por Paper Monday. Todos los derechos reservados.

Diseño: Lindsey Bergsma

Traducción al español: Katherine Collie para AdrianaPowellTraducciones

Edición en español: Remedios Richard para AdrianaPowellTraducciones

Las citas bíblicas sin otra indicación han sido tomadas de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © 2010 Tyndale House Foundation. Usada con permiso de Tyndale House Publishers, 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Las citas bíblicas indicadas con RVR60 han sido tomadas de la versión Reina-Valera 1960\* © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Renovado © Sociedades Bíblicas Unidas, 1988. Usada con permiso. Reina-Valera 1960\* es una marca registrada de las Sociedades Bíblicas Unidas y puede ser usada solo bajo licencia.

Para información acerca de descuentos especiales para compras al por mayor, por favor contacte a Tyndale House Publishers a través de [espanol@tyndale.com](mailto:espanol@tyndale.com).

ISBN 979-8-4005-0090-9

Impreso en Estados Unidos de América  
Printed in the United States of America

30 29 28 27 26 25 24  
7 6 5 4 3 2 1

# CONTENIDO

Prólogo *vii*

Introducción *1*

- 1 Un evangelista improbable *7*
- 2 Un apologeta accidental *41*
- 3 Las claves que debe conocer *63*
- 4 Ganar corazones, no discusiones *93*
- 5 Aprendices del Maestro *125*
- 6 El desafío del frente interno *159*
- 7 No se dé por vencido *185*
- 8 Seamos audaces *207*

Notas *227*

Acerca del autor *229*





## PRÓLOGO

EL JUEGO DE LAS ESCONDIDAS no es apto para los cristianos. No hablo de la versión que aprendemos de niños, cuando corremos hacia la sombra, giramos en la esquina y saltamos detrás del sillón ante el inevitable acercamiento de otro niño a punto de exclamar: «¡Te encontré!». El tipo de juego que tengo en mente es el que comienza cuando alguien toca a la puerta. Sin siquiera girar la manilla, usted ya conoce algo sobre la religión de la persona que está en la puerta, y la razón por la cual ha buscado su casa. Otra versión sucede cuando un amigo, colega o alguien de otra fe decide agraviar la suya con afirmaciones que niegan lo que usted conoce como la verdad. La confianza que manifiestan estos familiares y amigos podría persuadirlo a usted a pensar que no todas esas opiniones son arena movediza. Si nos dejamos intimidar por la llegada de algún testigo de Jehová o por las conversaciones



sobre religión instigadas por los burlones que conocemos por nombre, nos volvemos niños sin fe. Buscamos sombras, rincones o lugares para reconfortar nuestra cobardía y jugamos a ser invisibles: nos escondemos y, finalmente, escondemos también la verdad que es nuestro deber proclamar.

El temor tiene muchas caras. Algunos tememos acercarnos al mundo con la verdad del evangelio de Dios porque nos asusta la confrontación. Otros temen lo que será de su reputación, su tranquilidad y su salario. Luego están los más sinceros, aquellos que quieren hablar pero no saben qué decir. Quizás porque lo único que saben de la Biblia es cómo explica que Cristo murió por el mundo, y a su parecer, ese conocimiento no alcanza. Sea cual sea la causa, el temor debe morir para que los muertos hallen la vida.

Esta idea puede sonar muy intensa, ya que el temor es una realidad constante para la mayoría. Quizás, entonces, necesitamos recordar cuál es el temor detrás de nuestros temores: es que la mayoría de nosotros no creemos que Dios en realidad nos acompaña, sino que él envía personas al mundo para enseñar a otros todos sus mandamientos, y luego los deja a su suerte. Recuerde, sin embargo, el testimonio de toda la Biblia. ¿Dios ha enviado alguna vez a su pueblo a hacer algo de valor eterno sin hacerlo él también *junto a ellos*? Ya sea al abrir la puerta a «esa gente», invitar a cenar a «ese amigo» o responder a la mentira capciosa de «ese grupo», usted no está solo en esto.

En el juego de las escondidas, algunos se esconden y uno los busca. La meta principal de quien busca es encontrar a quienes están escondidos. Es una versión de la caza, en la cual los niños disfrutan de «atrapar» a sus amigos. Algunos cristianos

participan de la misma manera en el mundo que los rodea. Tratan a quienes se esconden —los pecadores, los incrédulos y los vecinos de otras religiones— como si fueran presas, no personas. Hemos visto cómo este juego se desempeña en nuestras familias, iglesias, en línea: cuando los cristianos (o supuestos cristianos) comunican correctamente la verdad pero de tal manera que terminan atentando contra la dignidad de aquellos a quienes les hablan.

El amor que Dios exige de sus santos no se trata solo de decir la verdad, sino de encarnar la verdad. Es decir, la verdad no es solo un sistema de creencias alineado a la realidad desde la perspectiva de Dios. La verdad es una persona. Dicho claramente: si Cristo es la verdad, para ser verdaderos proclamadores de la verdad, necesitamos reflejarlo a él cuando la proclamamos, para que aquellos que se esconden no solo oigan el evangelio de Cristo, sino que también lo vean y lo experimenten en el testimonio de sus embajadores. Cuando encarnamos la verdad, el amor y la compasión, se cultiva en nosotros una sabiduría particular que muchas veces falta en los recursos de evangelización y apologética. Lo común es que la instrucción gire en torno a la mente del evangelista y a la doctrina que debe conocer para que sean efectivos sus esfuerzos. El éxito del evangelista, sin embargo, no viene solo de conocer, sino también de *ser*. La intención de Dios es que la gente lo ame con todo el corazón, la mente y el alma, y por ende, la meta es atraer a la persona de manera integral con nuestro testimonio. No se trata de enfocarnos en la mente y dejar de lado el corazón, tampoco de acercarnos al corazón sin atender a la mente. Nuestro acercamiento a las personas es un proyecto integral.

Esta obra que tiene en la mano fue escrita por un hombre que da su mejor esfuerzo para enseñarle cómo decir la verdad con amor. Lo he visto hacerlo ininidad de veces. En innumerables ocasiones, cuando llaman a la puerta, ese testigo de Jehová detrás de ella ha recibido la bienvenida a nuestro hogar para tener una conversación. Yo he visto su curiosidad. Su oración. Sus desánimos y cómo aprendió de ellos. Su empeño en pos de que la verdad quedara en claro mediante sus palabras y fuera distinguible en su cuerpo. Lo he visto empaparse de las Escrituras, dándole vueltas en su mente hasta que la Palabra viva cobrara vida en él para que su predicación rebosara de intimidad en lugar de arrogancia. Cuando la mujer que adoraba a otros dioses cruzó su camino, él percibió que, para hacerle frente a su idolatría, primero tendría que reconocer el dolor que la condujo allí. No eligió la manera usual, la cual presupone que la gente solo necesita la verdad, y no un abrazo además. También lo he visto desafiar, denunciar y confrontar la mentira con una audacia que lo supera. Lo he visto entrar en salas y decir cosas por las cuales en otra época hubiera muerto apedreado. Sabiéndolo, las dijo igual.

Digo todo esto para afirmar que, una y otra vez, lo he visto ser como Jesús. Ese es el gran propósito de todo, incluso de esta obra: que usted no se esconda ni se ponga a cazar, sino que simplemente *sea* como nuestro Señor, lleno de gracia y verdad.

*Jackie Hill Perry*  
*Maestra de la Biblia;*  
*autora de El Dios santo*

# INTRODUCCIÓN

«OYE, ¿TÚ CREES EN DIOS?».

He iniciado muchas conversaciones con estas exactas palabras. Me encanta cómo una pregunta tan sencilla puede dirigir una conversación hacia cualquier lado. En especial, me encanta lo que Dios puede hacer con una conversación cuando un corazón se compromete a compartir la verdad con el mundo a su alrededor.

Hablar de Dios con las personas me nutre de una manera única. Es derramarse y llenarse a la vez. Me exige renunciar a algo de mí mismo, pero a la vez, no me siento como «yo mismo» si *no* comparto mi fe. Lo que intento decir, supongo, es que he aceptado que soy evangelista de corazón. Llevo en mi interior un profundo ardor por compartir el evangelio con aquellos que no lo conocen.

¿Cuál es el motivo de este ardor? Imagine que en su diario andar, y durante toda su vida, lo único



que ve son personas muriéndose de sed, y usted sabe dónde pueden conseguir agua gratis. De hecho, la persona que tiene el agua gratis le ha dado a *usted* acceso al agua. Esta es la parte difícil: las personas que tiene a su alrededor no saben que se están muriendo. Ni siquiera saben que *tienen sed*. No solo necesitan que se les ofrezca agua, sino que muchos de ellos también necesitan que usted les demuestre que lo que necesitan para vivir es agua. ¿Decide *no* ofrecer el agua porque siente que ellos lo rechazarán? ¿O busca maneras de mostrarles que sí tienen sed y que alguien quiere darles algo de beber?

Esta segunda opción es la que me ha convocado en mi vida cristiana. El mensaje del evangelio es el agua que necesita este mundo moribundo. Jesús es quien nos ha dado acceso a la vida porque nos ha dado acceso a sí mismo. Él es la fuente de agua viva que nunca se seca. Jesús es quien quiere saciar nuestra sed para siempre. Si nosotros tenemos el evangelio, ¿por qué no lo compartimos con aquellos que lo necesitan?

Yo creo que, como cristianos, estamos *todos* llamados a compartir nuestra fe. ¿La razón? Jesús lo manda:

Se me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra. Por lo tanto, vayan y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Enseñen a los nuevos discípulos a obedecer todos los mandatos que les he dado. Y tengan por seguro esto: que estoy con ustedes siempre, hasta el fin de los tiempos.

MATEO 28:18-20

*Todos* estamos llamados a compartir nuestra fe, pero eso se manifiesta de forma diferente en cada persona. Para mí, no importa dónde: en la barbería, en el aeropuerto, en el supermercado, en el asiento de un Uber. En verdad, no existe un mal momento para hablar con alguien del Dios que lo creó. Quizás usted sea diferente. Quizás no tenga un llamado especial a ser evangelista. Tal vez, compartir el evangelio con desconocidos en espacios públicos no es lo suyo. Está bien: Dios nos ha dado dones diferentes. La clave es reconocer que Dios puede —y quiere— usarlo, y estar dispuesto cuando lleguen oportunidades.

De esto se trata. Aunque es cierto que Dios me ha dotado con una personalidad particular que me facilita, más que a otros, hablar con desconocidos, no siempre me resultó natural compartir mi fe. Muchas de las cosas que hago son capacidades aprendidas. Debí esforzarme por desarrollarlas. También he aprendido bastante de mis propios errores. Créame, en mis intentos de compartir a Jesús con otros, ¡no me han faltado errores!

Quizás el temor a cometer errores le ha impedido a usted compartir la verdad con otros. En este libro, haremos guerra contra esos temores. El dios de este mundo quiere que usted se someta a esos miedos. El diablo no quiere que usted conozca al evangelista que lleva en su interior. El diablo no quiere que sepa que enfrentar sus propios temores —de pasar por ignorante, de decir algo mal, de ofender a alguien o de ser rechazado— lo ayudará a volverse un mejor testigo de Jesús... si tan solo entrega ese temor a Dios y se pone en marcha.

Quizás teme que tendrá que defender su fe contra aquellos que buscan atacarla. He visto que la palabra *apologética* (el término que se refiere a la defensa de doctrinas religiosas) a veces asusta a los santos de Dios. Creo que algunos sienten que para poder participar de diálogos apologéticos deberían ser fuentes de conocimiento o eruditos sobresalientes. Yo rechazo esa ideología. Nuestra apologética y nuestra evangelización siempre irán de la mano. Al compartirle mi historia, explicaré por qué creo que tendemos a complicar mucho tanto la evangelización como la apologética.

También reconoceré que muchos de nosotros esquivamos la apologética y la evangelización porque no nos gustó la manera en que fueron llevados a cabo. Algunos cristianos, al escuchar la palabra *defender*, pierden de vista el hecho de que el propósito de la defensa es ser testigos, no adversarios. Los vídeos de YouTube con títulos como «El cristianismo vs. el islam» suenan más a un combate de boxeo que a cristianos buscando ganar corazones. No podemos «hacer discípulos de todas las naciones» si adoptamos la postura de enemigos.

Por cierto, esta fue la razón para crear mi canal de YouTube, donde comparto consejos sobre cómo atraer a personas de otra fe con la verdad de Jesús y muestro algunas de mis conversaciones sobre Dios con personas con las que me encuentro en la calle. Mi deseo es alentar y equipar a los creyentes en Jesús para compartir su fe con audacia, verdad y amor.

He recorrido todo el mundo presentando mi poesía hablada<sup>1</sup>. El ver la profunda necesidad de Jesús a nivel global me ha hecho comprometerme más con la vida de las personas y me ha dado

un mayor deseo de enseñar y compartir la Palabra de Dios. Me fascinó descubrir, al pasar por Sudáfrica, Nigeria, Kenia, Londres, Suecia y muchos otros lugares, que la gente alrededor del mundo tiene las mismas preguntas que tenemos en EE. UU. ¿Cómo comparto el evangelio con los no creyentes? ¿Cómo le digo la verdad a mi padre, un testigo de Jehová? ¿Qué le digo a mi hermano, un israelita hebreo<sup>2</sup>?

Este libro es mi humilde propuesta para responder preguntas como estas y compartir con usted sobre cómo decir la verdad del evangelio: en su propio contexto, con los dones que Dios le ha dado, a las personas que Dios ha puesto en su vida. Compartiré historias de mi propia vida —de mis éxitos y fracasos— para ayudarle a comprender cómo Dios puede utilizarlo para alcanzar personas con su amor y su verdad. Mis metas son dos: ayudar a los cristianos que no se ven como evangelistas a compartir su fe donde Dios los ha puesto y corregir el enfoque combativo que muchas veces vemos en la práctica la evangelización y la apologética. Compartir nuestra fe no se trata de ganar discusiones: se trata de ganar corazones. La manera de lograrlo es atraer al mundo que nos rodea, y hacerlo con verdad, dignidad y respeto.

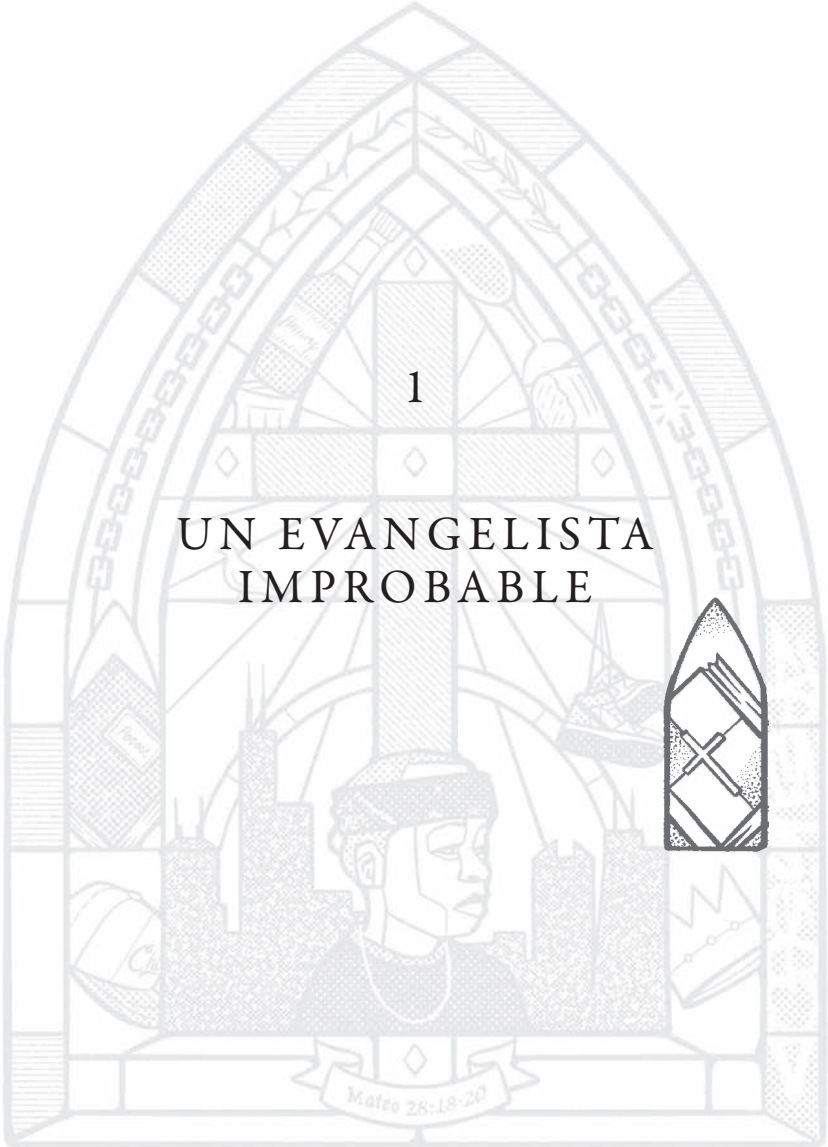
Mi esperanza para usted es que, al leer este libro, no solo acumule información, sino que también desarrolle herramientas prácticas para aplicar esa información, de manera que honre a Dios al honrar a las personas.

Jesús dijo a sus discípulos que debían ser «astutos como serpientes e inofensivos como palomas» (ver Mateo 10:16). Las palomas y las serpientes son criaturas silenciosas. Muchas

veces cuando adquirimos conocimiento, sin embargo, podemos volvernos muy ruidosos.

Yo creo que Jesús nos está dirigiendo hacia una astucia que genere una tranquilidad apacible con aquellos que no lo conocen. Jesús les dijo a sus discípulos que fueran como serpientes, astutos y sigilosos, no para hacer el mal como una serpiente (todos sabemos del jardín de Edén), sino para hacer el bien a la vista de todos pero sin que se den cuenta. También les dijo a sus discípulos que fueran inofensivos como las palomas para que cada persona se sintiera mejor.

Mi deseo en este libro es ayudarle a ver que, cuando decimos la verdad del evangelio, no solo nuestras palabras son de importancia: tiene el mismo peso nuestra manera de decirla. Entonces, siga leyendo y aprenda de mi historia una mejor manera de decir la verdad.







UNA DE LAS COSAS que intento poner en claro a través de mi canal de YouTube y mis charlas sobre evangelización es que no se necesita una licenciatura en Teología ni saber toda la Biblia versículo por versículo para decir la verdad del evangelio a otros. Dios utiliza personas normales e incluso personas improbables. Como usted. Como yo.

A pesar de ser una persona muy comunicativa, no deja de asombrarme que Dios decida utilizarme a mí para dar a conocer su gloria. Este libro no es una autobiografía, pero quiero comenzar la conversación comentando de dónde vengo, o más bien, de cómo Dios me trajo hasta aquí. Porque si Dios puede

utilizarme a mí para ganar corazones (y no solo discusiones), en definitiva puede usarlo a usted.



La casa de mi abuela, al extremo sur de Chicago, era refugio de verano para mí y todos mis primos. Por cierto, Chicago no era ningún paraíso; aun así, esos veranos que pasamos con mis primos en lo de mi abuela eran un deleite para mí. Debe haber sido por la alegría de estar juntos.

Imagínenos: crecíamos rodeados de hombres anclados como estatuas en las esquinas. Hombres del barrio que lanzaban los dados, esperando ganarse una moneda para sus familias. Se empujaban, forcejeaban, peleaban y apostaban, pero lo intentaban. Ganaban y perdían a diario.

Nuestros veranos en Chicago eran una cuerda floja entre la vida y la muerte. Mis primos y yo esquivábamos balas mientras jugábamos al lado de bocas de incendio sueltas que bañaban de agua nuestro barrio. Dejábamos abiertas las bocas en las esquinas mientras bailábamos cerca de la muerte como si fuera normal.

**DIOS UTILIZA PERSONAS  
NORMALES E INCLUSO  
PERSONAS IMPROBABLES.  
COMO USTED. COMO YO.**

Era *nuestra* normalidad. Así nos criamos, con pocos temores, como aquellos que nos rodeaban.

En las calles de nuestro barrio se amontonaban niños en diferentes tonos oscuros, pero todos los corazones eran de un mismo tono de coraje. Cuando por fin al crepúsculo le crecían

las piernas y nos mandaba corriendo a casa, entrábamos al hogar para zambullirnos en la sonrisa de nuestra abuela. Su casa era única: fiesta y santuario. La veíamos transformarse en mil armonías preparando la cena para trece nietos varones. No sabíamos lo privilegiados que éramos al anidar en sus canciones a la hora de dormir, al crecer plantados en su tierra fértil. No entendíamos en ese momento que sus oraciones nos mantenían con vida por otro día más, cuando la maldad caminaba por las calles de nuestro barrio, ardiente de violencia, buscando desintegrar nuestra melanina.

Mis primos y yo optábamos por dormir en el suelo del sótano para estar cerca los unos de los otros. Supongo que esa era la única manera que conocíamos de decir «te amo». Decir: «Estos veranos que pasamos juntos son especiales». Nos transmitíamos esos «te amo» en las bromas que nos hacíamos todas las noches. Las conversaciones nocturnas y el intercambio de secretos sobre chicas nos acobijaban bajo las sábanas. Nos quedábamos dormidos uno a uno, bajo el tenue resplandor de la luna que se asomaba por la pequeña ventana que había sobre nuestras cabezas. Pasé muchas noches antes de dormir empapándome en lo poderoso que me sentía junto a mis primos. Ahí estaba yo: el Preston preadolescente, burlándome de la amenaza de la muerte y desafiándola a volver por nosotros mañana.

La mañana siempre nos encontraba listos para saltar de la cama. En esa época, concebíamos el sueño como una necesidad inconveniente. Con la emoción de comenzar el día, nos lanzábamos por la puerta de la casa para perdernos en la ciudad, muy temprano y ¡muy rebeldes! para los gustos de mi abuela. El

viaje en tren que atravesaba cada localidad era más que un mero traslado cotidiano. En ese viaje flotante por los barrios, mirar por las ventanas nos recordaba nuestra posición en la ciudad.

El sur de Chicago era misteriosamente trágico, un hecho que nos era evidente hasta en ese entonces. No existían dos días iguales en nuestro rincón de la ciudad, aunque todos los días se relacionaban entre sí. Cada día venía con sus tiroteos, peleas de puños y acoso policial. En esa época, la vida en la ciudad era como estar atrapado en una rocola defectuosa que se niega a repetir canciones, saltea la que uno selecciona y, aun así, hace que todas suenen igual.

Con todo, los barrios que habitábamos consistían en mucho más que solo balazos y venta de drogas. Rebalsaban de risas y de comunidades fuertes y unidas. Con frecuencia, el aroma a barbacoa nublaba el cielo a nuestro alrededor y nos llevaba corriendo hacia alguna parrillada cercana. Las radios ponían a todo volumen la música de mi juventud. La nuestra era una comunidad construida con generosidad por gente decente. La mayoría de los hombres de mi barrio jamás podrían pisar una universidad, pero hacían malabares con tres o cuatro oficios para seguir poniendo comida caliente en la mesa. La tierra incrustada en sus manos era siempre señal de trabajo digno. Cuando necesitábamos arreglar algo en la casa, no buscábamos en el directorio telefónico: llamábamos a Johnny de la otra cuadra. Él podía reparar nuestro calefón y cambiar la transmisión del coche y, aun así, llegar a casa a tiempo para acostar a sus hijos en la cama.

Cuando el sol de verano empezaba a retirarse por la noche,

los mayores salían a sentarse en el porche, tomar té dulce y completar sus crucigramas. Siempre sentí que velaban por nosotros: no exactamente como ángeles pero, de todos modos, puestos allí por Dios para cuidar de nosotros.

En ese entonces, yo no conocía los planes soberanos del Señor. No percibía su mano ni su rostro en mi vida cotidiana, pero sí podía verlo a través de mi abuela: su espíritu permanecía tranquilo en medio del caos de la ciudad. Ella nos hablaba de Dios como si fuera un amigo cercano de la infancia. Ella veía la bondad del Señor dondequiera que mirara. Su gozo se renovaba a diario y rebosaba en exclamaciones y cantos de adoración a lo largo del día.

Aunque mis primos y yo no vivíamos como debiéramos, ella nunca nos predicó ni nos sermoneó. Solo vivía su fe a voz en cuello y oraba que Dios corriera tras nosotros y nos alcanzara antes de que lo hiciera una bala.

La fe de mi abuela no era la única influencia sobre mí cuando buscaba el sentido de las cosas. Yo era un niño muy indagador: el mundo a mi alrededor era un rompecabezas del cual resolvía cada día un poco más. Siempre tenía en la punta de la lengua una pregunta para alguien. Y todas las personas tenían una respuesta diferente. Cada sábado, la Calle 117 se volvía una amalgama de personas que impulsaban sus agendas. Los vendedores de drogas, acobijados en los callejones de la ciudad, fijaban un ojo en un puñado de billetes y el otro en los coches de policías encubiertos que atentaban contra su libertad. Los hombres de la Nación del Islam<sup>3</sup> y de los israelitas hebreos<sup>4</sup> ocupaban cada uno su propia esquina en la calle principal. Su pasión era atronadora.

Los israelitas hebreos gritaban a cada afroamericano que pasara por su lado de la acera: «¡Somos el pueblo escogido! ¡El que llaman “hombre negro” es el hijo perdido de Israel! ¡El hombre blanco nos ha mentado durante años!». Leían de la Biblia a viva voz para que todos alrededor pudieran oírlos. Un hombre leía y luego otro desglosaba su interpretación de la Palabra de Dios. Sus explicaciones siempre se remitían a su creencia de que los afrodescendientes eran la tribu escogida, y no al Dios del cual oíamos en las canciones de mi abuela. Como resultado, nos acostumbramos a su agresividad. Muy pocas personas entraban en diálogo con ellos pero, cuando alguien lo hacía, mayormente se desencadenaba una conversación hostil. Los israelitas hebreos tenían reacciones viscerales al ser desafiados. Con frecuencia, exasperaban a sus opositores con bromas groseras e interrupciones continuas. En consecuencia, la mayoría los ignoraban al pasar. Yo siempre escuchaba sus argumentos. Los escuché durante años.

Los hombres de la Nación del Islam eran notoriamente dedicados. Vestidos en sus trajes pesados en pleno verano, ofrecían copias de la revista *The Final Call* (El último llamado) a cualquier coche que pasara con la ventanilla abierta. Su acercamiento se destacaba por lo diferente que eran de los israelitas hebreos. Eran hombres tranquilos, amables y disciplinados. Sin imponernos jamás su religión, nos ofrecían con cortesía sus publicaciones y unas tartas de frijoles a un precio bajo. Por esta razón, eran una de las organizaciones más estables y respetadas del barrio. Reclutaban muchos hombres jóvenes que iban en busca de esperanza y guía espiritual en una comunidad tan llena de caos.

Alrededor del mediodía, los testigos de Jehová salían de su «Salón del Reino» local y se daban prisa a las puertas de todas las casas de la zona, con sus folletos y sonrisas impostadas. Eran tan consistentes que no había ni una sola casa en ninguna calle que no supiera cuándo esperarlos. Ya sea que buscaran esquivarlos o los recibieran como visitas, todos sabían que los testigos venían con su mensaje.

Hoy comprendo que todos los seres humanos tienen un mensaje. Toda persona en todo barrio del mundo comunica alguna clase de sistema de creencias.

A lo largo de mis veranos en Chicago, los mensajeros de la fe variaban desde el buscavidas que me enseñaba cómo conseguir dinero, mi abuela que nos decía que no saliéramos a la calle, algún muchacho que buscaba ascender en su pandilla con palabras de amenaza y alardes, hasta un hombre religioso con una sonrisa y un folleto.

Para todos ellos, no quedaba duda de que el barrio era tierra fértil. Hoy reconozco que Dios estaba usando esa tierra para moldearme para la cosecha.



Cuando entré en la adolescencia, Dios me perseguía aunque en ese entonces no me daba cuenta.

No lo veía porque estaba demasiado ocupado corriendo tras una chica que me gustaba. Sus padres tenían una iglesia en su hogar, en el mismo complejo de apartamentos en el que yo vivía. Todos los domingos por la mañana, unas dos docenas de

los fieles del barrio se reunían hombro a hombro en la sala de estar de la familia, en sillones gastados que rodeaban a un conjunto apretado de sillas desplegables, para escuchar la prédica de su padre. Asentían y exclamaban «¡amén!» con gritos entusiastas en respuesta a su ardiente sermón.

De ninguna manera me podía considerar un concurrente regular, pero, ese domingo en particular, el sermón me llamaba por mi nombre.

Llegué tarde, entonces me senté al fondo. Aun así, las palabras del pastor saltaron del púlpito como una fiera salvaje y comenzaron a devorar mi conciencia. Me advertía que si no nos «volvíamos de nuestro pecado, nos arrepentíamos y poníamos nuestra esperanza en Jesús», entonces veríamos la justa ira de Dios.

—Cada uno de nosotros se presentará delante de Dios un día —proclamaba—. Algunos de nosotros lo encontraremos como un amigo y otros como un juez. Si piensan que, porque Dios es amor, no destruirá lo que odia, ¡entonces, no comprenden qué es el amor!

Esto me sacudió. Había escuchado a otros predicadores hablar de Dios antes pero nunca así. Era la primera vez que había entendido que yo era un pecador y que a Dios le molestaba mi manera de vivir.

Aun así, no me entregué a Jesús esa mañana. A partir de ese día, sin embargo, me sentí sumamente consciente de que Dios me observaba.

Me observaba cuando entraba en casas ajenas y robaba lo que no era mío.

Me observaba cuando fumaba hierba y cuando vendía drogas.

Me observaba cuando peleaba y cuando fornicaba y cuando me echaban de la escuela una y otra vez.

Me observaba haciendo todo tipo de cosas locas, inmorales y pecaminosas.

Yo sabía que Dios estaba enojado conmigo. También sabía que decirle «sí» a él implicaba decirle «no» al pecado que yo tanto amaba, aunque este jamás me respondiera con amor.



Era un día cálido y primaveral. El murmullo de la mañana era calmo, como todas las mañanas que la precedieron. Aún seguía en cama cuando oí el eco de balazos a lo lejos.

*¿Quién estará disparando tan temprano por la mañana?*

Oí disparos por segunda vez, y ya parecían estar más cerca. Saqué la cabeza por la ventana. Allí estaba mi amigo Chris, corriendo entre dos edificios de apartamentos por la calle de mi casa. Corría como si la muerte lo persiguiera: con los ojos bien abiertos y las mejillas cargadas de terror. Cinco segundos más tarde apareció un hombre que yo no conocía, corriendo en la misma dirección, ciñendo una pistola en el puño y disparándole a mi amigo como si estuviera en una misión. Esos disparos lo mandaron al suelo.

Bajé las escaleras corriendo y llamé a mi mamá al pasar por la cocina.

—¡Alguien acaba de dispararle a Chris!

Mi grito desesperado solo fue superado por el de mi amigo

Slim, quien era más cercano con Chris. Cuando llegué hasta Chris, Slim y nuestro otro amigo Hollywood ya lo estaban levantando del suelo para acercarlo más a la casa de Slim.

Los tres nos inclinamos alrededor de él, impotentes al oírlo clamar una y otra vez: «¡No me dejen morir! ¡No me dejen morir!» mientras brotaba una cascada de sangre cerca de su clavícula. Hollywood se quitó la camisa y la presionó con fuerza contra el sangrado.

—¿Qué hacemos, amigo? ¿Qué hacemos? —gritó Slim, y buscó una respuesta en mis ojos. No encontró ninguna.

—Tenemos que llevarlo al hospital —dijo Hollywood. Puso sus brazos debajo de los de Chris para sentarlo.

—¡Muchachos! —Mi mamá salía corriendo hacia la calle en su bata y pantuflas, con una gran toalla de baño en la mano.

—¡No lo muevan! ¡No saben dónde está la bala! —Hay cosas que una madre no debería saber, como que una bala de punta hueca está diseñada para decorar mejor el interior del cuerpo. Una bala normal entra y sale del cuerpo en línea recta, pero la de punta hueca es creativa. Cuando entra al cuerpo hace lo que se le da la gana. Una vez adentro no se puede saber qué daños causará con solo mirar desde afuera.

—Solo acuéstenlo —nos dijo—. Ya llamé al 911. Están en camino. —Luego, como si fuera su sexto sentido, se arrodilló para ocuparse del flujo de sangre.

—No me dejen morir. No me dejen morir. —Los ojos de Chris no podían quedarse quietos. Parecían pájaros ciegos aleutando frenéticamente en el crepúsculo. Su voz menguaba como si cantara la última frase de una canción triste.

—Shhh... No hables, hijo. —Mi mamá acariciaba sus heridas con palabras tiernas para calmar su mente—. Todo va a estar bien. Ya viene el auxilio.

Yo miraba con impotencia. Intentaba sostener su cabeza y mantenerla quieta, pero mi mano no colaboraba: temblaba sin cesar sin mi permiso. La sangre parecía venir de todas partes y bañaba la acera, mis pantalones, mi camiseta... Un río rojo de vida abandonaba a mi amigo, justo frente a mí.

—Preston. —La voz de Slim me traía de regreso a la orilla de ese mar rojo—. Compa, tienes que orar por él.

Me quedé paralizado. Según mi entender, era casi imposible estar más lejos de Dios que yo. En esencia, solo repetía cosas que había oído de mi abuela, pero para Slim y Hollywood, eso parecía madurez espiritual.

—Sí, hermano... Ora por él, Preston —suplicó Hollywood. Todavía recuerdo la desesperación de sus voces. En ese momento, sentí que mi hipocresía quedaba expuesta del todo. No podía fingir que conocía al Señor en un momento así.

Miré a Chris. Caían lágrimas frescas de sus ojos y corrían por viejas marcas de lágrimas secas de color blanco fantasma mientras mi mamá presionaba su toalla ahora empapada en sangre contra la clavícula, donde el sangrado parecía más pesado. *Balas de punta hueca*. Una de ellas había entrado por su espalda, floreciendo brutalmente por su carne como una flor a principios de primavera, desgarrando músculos, tejidos blandos y arterias a medida que se movía por el cuerpo buscando salida.

—Por favor, no me dejen morir.

Abrí mi boca para hablar, pero mi conciencia detuvo las

palabras en mi garganta. ¿Quién era yo para pedirle ayuda a Dios? Era un enemigo de Dios, al igual que Chris. Esa sangre que me bautizaba la ropa esa mañana tranquilamente podría haber sido la mía. ¿Por qué me escucharía Dios a mí?

—Aguanta, hermano. —Extendí el brazo hacia un bolsillo y agarré mi teléfono. *Responde, por favor.*

—¿Señora Collier? —Ella era pastora y la madre de mi ex. Yo sabía que Dios la escucharía—. Sí, habla Preston. Estoy aquí con Chris. Le han disparado, y se ve muy mal. ¿Puede orar por él, por favor?

Ella me pidió que acercara el teléfono al oído de Chris. Me incliné para escucharla guiándolo en la oración de fe.

—Chris —dijo—, necesitas pedirle al Señor que te perdone por tus pecados.

Cerré los ojos con fuerza. *Hermano, hazle caso.* Una sirena sonó a lo lejos: era para Chris.

—¿Me escuchas? —preguntó ella—. Necesitas pedirle al Señor que perdone tus pecados.

Pudo haberme dicho lo mismo a mí.

—*No quiero morir. No quiero morir.* —La voz de Chris ya era apenas un murmullo.

—Preston, necesito que presiones esto aquí —dijo mi mamá, señalando con la cabeza a la toalla manchada de carmesí presionada contra la clavícula de Chris—. Se está desangrando. Necesito buscar otra toalla.

La señora Collier solo seguía repitiendo:

—Pídele al Señor que te perdone.

—*No quiero morir.*

—¡Preston! —mi madre casi gritó—. ¿Me escuchaste?  
Solo podía oír las palabras de doña Collier haciendo eco en  
mi mente.

«Pídele al Señor que te perdone».

—¡Preston!

«Pídele al Señor que te perdone».

*No quiero morir.*

*No quiero morir.*

No siempre se nos concede lo que queremos.

Ese día, camino al hospital, se acabó la vida de Chris.

La mía acababa de empezar.



La muerte de Chris fue un llamado de atención. Sabía que tenía que cambiar mi manera de vivir. Eso era muy difícil de hacer, ya que todos mis amigos también eran delincuentes. Más tarde esa semana, llamé a mi tía Denise. Ella era pastora de una iglesia en Olympia Fields, un barrio distante alrededor de treinta kilómetros al sur de Chicago, y me permitió quedarme con ella un tiempo. Solo con una condición.

«Si vas a vivir en esta casa, tendrás que ir a la iglesia», dijo.

¡Vaya! Mirando hacia atrás, a pesar de mis dudas, hubiera jurado que Dios me estaba tendiendo una trampa.

Mi tía era una mujer justa. Medía poco más de un metro y medio, pero su sonrisa medía más que el mundo entero. Me recordaba a mi abuela. Las canciones que cantaba por la mañana conmovían mi corazón, como lo hacían las de mi abuela. Vivía

su fe a todo volumen. Ella era líder y muy buena maestra de la Biblia en público, pero yo podía observar cómo era en privado y eso era bueno para un alma joven como la mía, un alma que estaba buscando a Dios en un mundo lleno de mentiras y de voces que buscaban ganarse mi adoración.

Mi tía Denise me abrió las puertas de su hogar en un momento en que tenía pocas puertas a mi alcance. No había muchas opciones para un joven como yo, sin visión alguna de lo que quería ser o hacer en la vida. Aun así, la tía Denise me invitó a una vida estable y a un lugar que podía llamar mi hogar. Me ayudó a inscribirme en un instituto terciario vocacional. Ella tampoco sabía cuál era mi llamado en la vida, pero sabía que necesitaba estructura. Su presencia en mi vida me brindó exactamente eso.

No solo eso, sino que cumplió un papel crítico en mi salvación.

Durante las primeras semanas que viví con ella, amanecía con una sustancia aceitosa en la frente. Algunas mañanas, cuando me cepillaba los dientes, mis ojos percibían en el espejo ese brillo sobre mi frente. Me sentía muy confundido. Por un tiempo, solo Dios sabía por qué parecía que alguien me hubiera pasado pollo frito por la cara mientras dormía.

Luego, una noche, todo cobró sentido.

Eran alrededor de las cinco de la mañana. Yo por lo general estaba dormido, pero esta vez mi cuerpo reposaba en un sueño menos profundo. Por eso, cuando alguien me tocó la cabeza, me desperté confundido y asombrado. Al despegar los párpados, vi a mi tía de pie frente a mí con un frasco de aceite en sus manos y el rostro suspendido en un suave clamor. Me incomodaba su presencia, entonces cerré mis ojos tan rápido como los había

MIRANDO HACIA  
ATRÁS, A PESAR  
DE MIS DUDAS,  
HUBIERA JURADO  
QUE DIOS ME  
ESTABA TENDIENDO  
UNA TRAMPA.



abierto. Me mantuve en silencio, tan quieto como un océano que no quiere despertar a sus olas. Esperé para ver por qué estaba en mi cuarto.

Tocó mi frente de nuevo, esta vez deslizando aceite con los dedos. Comenzó a orar por mí.

—Salva su alma, Señor.

»Guarda su entrada y su salida.

»Guárdalo, Señor.

»En tu ira, Señor, recuerda tu misericordia.

»Revélate a él.

»Hazte conocer en su corazón».

Estas eran algunas de las oraciones que formulaba en gemidos silenciosos mientras las lágrimas corrían desenfrenadamente por sus mejillas. Sus oraciones sonaban como si estuviera suplicándole a Dios por mí; su desesperación se aferraba a cada palabra de una manera tan preciosa y delicada, como un mendigo sosteniendo oro frágil en sus manos desgastadas. Podía sentir su amor por Dios y por mí fluyendo por mi cuerpo, como si su oración fuera el vehículo de Dios para depositar su gracia en un alma que todavía no lo conocía.

Ahora mi cuerpo estaba despierto por completo. Dios me preparaba para despertar mi alma.



Un par de días después, en medio del desayuno, tía Denise anunció: «He invitado un joven a venir y hablar contigo hoy. Creo que te va a caer muy bien. Estudia en el Instituto Moody».

Mis hombros se encorvaron. Escondí la cara para no mostrar lo poco entusiasmado que me sentía con la visita. Sabía cómo eran los del seminario, y no necesitaba pasar la tarde escuchando sermones de un aspirante a Billy Graham con la camisa almidonada.

Dos horas más tarde, mi tía y yo estábamos sentados en el porche cuando llegó el hombre, conduciendo un Mustang. Esperé, incómodo, mientras aguardaba que saliera del vehículo. Aunque tuviera ese coche brutal, yo sabía que estaba por ver a otro típico asistente de iglesia, de esos que me habían juzgado toda la vida. Pero me sorprendí. Aunque sus pantalones vaqueros holgados parecían tener mucho uso, no dejaba de estar de moda. Llevaba zapatillas de marca Jordan pero no las de Team Jordan que solían usar los muchachos menos populares de la secundaria. Las suyas eran de las más difíciles de conseguir, aquellas por las que madrugábamos los sábados para hacer fila en Foot Locker. También llevaba puesta una gorra de los Bulls, la cual de inmediato quise para mí, y una sudadera con capucha negra. Su apariencia me llamó mucho la atención. Pensé: *Este hombre no parece cristiano. ¡Parece ser del barrio!* Se acercó con una gran sonrisa, y no parecía falsa. Se veía sinceramente entusiasmado por conocerme. Me acercó su puño.

—¿Qué onda, hermano? Soy Gary.

—¿Qué onda, amigo? —dije—, soy Preston.

Nos dimos la mano. En la comunidad negra, darse la mano es la primera estrategia para detectar si uno tiene algo en común con el otro. Puede marcar la diferencia entre abrirse a una

conversación o buscar una salida rápida. Gary me saludó como toda la gente con quien me había criado.

Él no paraba de sonreír.

—Sí, tu tía me contó de ti. ¡Vaya! —Sacudió la cabeza—. Vives con una gran mujer de Dios. Ella oró por mí muchas veces, compa.

—Oí que vas a Moody... ¡parece que sus oraciones funcionaron! —bromeé. Nos reímos juntos.

Luego él cambió de tema.

—Oye, ¿juegas al básquet?

—Obvio. —Asentí.

—Genial. Iba a ir a Washington Park, a ver si puedo sumarme a algún grupo para jugar. ¿Quieres venir?

*¿Washington Park?* Ese era un barrio complicado. *¿Quiere entrar a ese barrio con su Mustang sin ser de ahí? ¿Busca que nos roben?*

—¿Estás seguro? —pregunté—. Sabes que es medio turbia la zona, ¿no?

Su sonrisa confiada se intensificó.

—Todo bien, compa. Conozco a varios de ahí. Siempre lanzamos al aro por allá.

En el camino a la ciudad, Gary me contó un poco sobre él. Resultó que había sido miembro de una pandilla y vendedor de drogas, criado en uno de los peores barrios de Chicago. Su padre era pastor, pero Gary no iba a la iglesia muy seguido. De hecho, su padre lo obligó a elegir: la iglesia o la calle. Gary eligió la vida callejera, pero renunció a ella cuando Dios sopló nueva vida en su interior.

¡Vaya! ¡El hombre era casi igual a mí! Solo había una diferencia.

—¿Cómo vas con el Señor? —me preguntó mientras salía de la autopista.

—¿Con el Señor? —Lo pensé por un segundo—. Y... Vamos bien.

No podía detectar si me creía o no, probablemente porque ni yo me creía. Gary tuvo la amabilidad de no hacer más preguntas.

—Bien, bien. —Y el asunto quedó ahí.

Cuando llegamos a Washington Park, Gary no dudó en arrojarse directamente a un grupo de muchachos que jugaba en la cancha de baloncesto. Al acercarse a ellos, Gary abrió su sonrisa tanto que resultaría imposible considerarnos una amenaza.

—¡Qué onda, hermanos! Me llamo Gary. Él es Preston. ¿Qué tal si jugamos con ustedes?

En un primer momento, no dijeron nada y nos miraron fijamente durante lo que pareció una eternidad. Finalmente, rompieron el silencio.

—Sí, estamos jugando al “veintiuno”. Se pueden sumar.

—¡Genial! —Gary aplaudió. Luego, simplemente empezamos a jugar.

Descubrí que Gary era muy dotado en esto. Podía entrar en conversación con cualquiera y siempre generaba algún tipo de afinidad. Luego, cuando terminaba el juego, Gary compartía su fe. Algo como: «¡Vaya, amigos! Disfruté mucho jugar con ustedes. Me dio gusto». Luego continuaba con algo como: «Esto puede parecerles raro, pero ¿puedo orar con ustedes?»

Están pasando muchas cosas. Mueren muchos muchachos por aquí. ¿Les molesta si oramos?». Siempre aceptaban. ¿Qué otra respuesta podían dar? Nos acercábamos para tomarnos de la mano y orar en la cancha de baloncesto. La primera vez que lo hicimos, yo pensaba: *Este está loco. Estamos en Washington Park, y ¿les pide a estos hombres de la calle que oren con él?*

Gary oraba. Una oración sincera. Casi todas las veces que oraba, eso conducía a una conversación.

Siempre compartía su historia de cómo fue parte de una pandilla en Chicago hasta que Jesús lo salvó. Antes de que pudiera perder su atención, decía: «No estoy tratando de predicarles, ni nada así. Esto es solo lo que Dios hizo con mi vida. Un día conocí a Jesús y nunca más fui el mismo».

Todo lo que hacía Gary me fascinaba. Era solo un hombre más de Chicago. No tenía nada de falsedad, ninguna pretensión, y eso era refrescante.

Cuando empecé a pasar tiempo con Gary, dejé de hacer muchas de las cosas que hacía antes. Había empezado a imitar su vida. Puesto que lo imitaba, creo que empecé a convencerme de que teníamos el mismo corazón, que yo ardía por el Señor tanto como Gary, pero yo no tenía un corazón nuevo. Yo no era cristiano. Todavía.



Mi corazón no había renacido, y el día en que eso se me hizo evidente con todo su peso quedará grabado en mi mente para siempre.

Era un jueves por la tarde. El sol brillaba como loco; sus rayos caían sobre los hombros de Chicago y daban vida al cuerpo maltratado de la ciudad. Gary vino a recogerme para lanzar al aro en Washington Park. Como ya había observado, Gary iba a propósito a los barrios más violentos para lanzar al aro y después compartir el evangelio con los muchachos en la cancha.

Antes de ir a jugar, Gary tenía que ir al banco. Condujo su Mustang hacia la fila del autoservicio. La cajera era una chica hermosa de piel acanelada, con cabellos enrulados de un bello y sedoso color arena con mechas negras. Desde mi lugar en el asiento de acompañante, vi sus ojos atrapar a Gary y retenerlo con fuerza, como si quisiera bailar con él o escuchar bien de cerca el latir de su corazón. Cuando le pidió la tarjeta de identificación, su sonrisa decía: *Háblame, yo sé tu nombre, pero quiero que sepas el mío*. Gary la aplacó.

—¿Cómo va tu día? —le preguntó con timidez.

—Ahora va mejor, después de verte a ti —respondió ella.

Gary se rio, inclinó la cabeza y sonrió hacia abajo para que ella no viera en su rostro el flamante sonrojo que había provocado. Me quedé sentado en silencio con los oídos bien abiertos mientras ella coqueteaba y extendía la charla con Gary. Yo estaba seguro de que al terminar esta interacción, él tendría su número o ya la hubiera invitado a salir.

Me sorprendió que no fuera así.

Al concluir el trámite, Gary puso fin a la conversación, le deseó un buen día y salió a toda velocidad. Al marcharnos eché un vistazo hacia la cara de la joven: había quedado perpleja. Yo

también estaba confundido, y en secreto me avergoncé de Gary en mi corazón. Tenía que estar loco para no aprovechar las insinuaciones de una mujer tan hermosa, cuando ella le entregaba toda su atención en bandeja de oro.

Durante diez minutos, Gary condujo en silencio: su rostro sumido en profunda reflexión mientras miraba fijamente por la ventana. Supuse que se arrepentía por haber dejado ir a una mujer tan bella.

Gary detuvo el coche junto a la acera.

—Oye, P. —dijo—. Quiero pedirte perdón, hermano.

—¿A mí me pides perdón? ¿Por qué? —Mi rostro estaba pintado de signos de pregunta.

—No fui un buen ejemplo recién, en el banco, cuando hablaba con esa chica —respondió Gary, su rostro desolado e inexpresivo como una iglesia vacía en domingo. Yo seguía perplejo.

—Fue ella la que coqueteaba contigo —dije—. ¿Tú qué hiciste de malo?

—Lo sé. Lo sé —replicó Gary—, pero mi motivación no era la correcta, Preston. Desde hace tiempo, esa chica me anda hablando así, y esta vez le abrí la puerta, ¡y lo peor es que tú estabas en el coche y lo presenciaste! No tengo intenciones reales con ella, pero mientras hablábamos, todos mis pensamientos eran lujuriosos. Me siento tan culpable, compa. ¿Podrías orar conmigo?

Aunque yo seguía un poco confundido, le respondí:

—Claro que sí, Gary. Oremos.

Me asombré cuando Gary comenzó a hablar con el Señor,

pidiéndole perdón. Su oración era tan sincera... Gary le hablaba a Dios como si fuera un buen amigo a quien acababa de decepcionar. Mientras Gary oraba, mi mente se aceleraba. Su oración pasó a un segundo plano y subió el volumen de mis pensamientos. Intenté convencerme de que la reacción de Gary era excesiva. Entonces pensé: *Quizás es solo un exagerado, al igual que todos los de iglesia.* Por otra parte, Gary no era como nadie «de iglesia» que yo conociera. *No, no puede ser eso.* Aquí veía a un hombre un par de años mayor, pero todavía joven como yo, quien vivía sus convicciones aun cuando no había nadie presente para verlo y aplaudirlo.

Jamás había visto a un hombre joven huir de la lujuria como si toda mujer que él no pudiera llamar «esposa» estuviera hecha de llamas. No podía negar que había presenciado un momento puro y genuino. Así fue como se prendió una luz en mí. Una dura verdad se introdujo en mi mente, como si alguien la hubiera colocado ahí: *De esto se trata en realidad amar a Dios, y yo no lo amo como Gary lo ama.* Ese día, la vida de Gary me mostró que yo era un cementerio: muerto por dentro.

Quería lo que tenía Gary. Solo necesitaba descubrir cómo conseguirlo.



Después de lo que sucedió con Gary, pasé el resto de la semana sintiéndome confrontado con el peso de mi pecado. Ya era demasiada carga para mi alma agobiada.

Eso es lo interesante del pecado. Se puede convivir con él sin

problemas durante toda la vida hasta que te llega la consciencia de lo ofensivo que es para un Dios santo y justo. Entonces, se vuelve un huésped molesto e indeseado en el hogar de tu corazón.

Ahora bien, había un problema. Yo no sabía cómo debía verse el arrepentimiento. No podía recordar las palabras de la oración que doña Collier le decía a Chris ese día mientras él se moría en la calle. Ni siquiera sabía si yo tenía que decir esa oración. Lo único que tenía en claro era que yo no conocía a Dios y eso me pesaba mucho en el corazón.

Me levanté y empecé a dar pasos entre la cama y la ventana, buscando las palabras correctas para hablar con Dios. Solo quería pedirle perdón, pero las palabras rehusaban venir a mi boca en la nueva luz de la mañana.

Comencé a llorar como si mi corazón estuviera roto, porque de verdad lo estaba. Hacía tiempo que sentía que Dios me llamaba hacia él. Ahora estaba listo para rendirme, aunque no podía encontrar las palabras adecuadas. Lo que sé hoy, pero no sabía entonces, es que Dios no necesitaba mis palabras: estaba escuchando mi corazón. De hecho, me había estado hablando al corazón durante toda la mañana. Lloré sin parar durante una hora.

Para entonces el sol ya había devorado el crepúsculo e invadido mi dormitorio, y por fin se detuvo el diluvio de lágrimas. Me acerqué al espejo que colgaba sobre la cajonera al lado de mis pósteres de Tupac y DMX, para mirar mi reflejo a los ojos. Me pregunté si allí vería la misma vergüenza que sentía en mi corazón. Todo lo que vi fue a un hombre quebrantado. No sabía

si eso era bueno o malo. Mis ojos estaban hinchados de angustia. Los surcos de lágrimas, ya secos sobre mi rostro, parecían las líneas de un mapa hacia la libertad, aunque todavía no sabía cómo llegar. Solo sabía que anhelaba amar a Dios como vi que lo amaban mi abuela, la tía Denise y Gary.

Lloré de nuevo. Tanto llanto me frustraba, si bien era una especie de limpieza profunda. Comencé a pensar en todas las cosas malas que había hecho, que merecían la muerte, y empecé a articular palabras: «Lo siento, Dios, perdóname. Lo siento, Dios, perdóname». En ese momento, una dulce presencia me envolvió como una manta. Mi corazón sintió un cálido alivio, parecido al sentir de la piel cuando el sol besa al cuerpo después de nadar en agua helada.

Exclamé y dije: «Señor, quiero amarte como te ama Gary». Todavía puedo sentir el aroma de ese momento, aún puedo saborearlo. Fue el mejor momento de mi vida. En ese momento, mi corazón decía: «Aquí está, Dios, tómallo. Sí, Dios, te tomaré a ti en lugar de la culpa atroz y la aflicción abrumadora». Me arrodillé junto a mi cama y agradecí a Dios por la libertad que sentía. Le agradecí una y otra vez, hasta que me agoté y quedé postrado en la alfombra gastada de mi dormitorio. Cayó una dulce quietud en mi cuarto, como una madre arrullando hasta dormir a una nueva vida. La serenidad entró en mi cuerpo y se asentó en mis huesos. La tranquilidad reposó en lo profundo de mis tejidos. Jamás había conocido tal sensación, pero supe que era paz. Dios había oficialmente levantado mi corazón de la jungla de asfalto y me invitaba a un jardín, uno donde la muerte estaba ausente y la vida me rodeaba. Allí, mi corazón quedó

tranquilo, pero mi cuerpo estaba tan cansado... Perdí la consciencia ahí mismo, en el suelo donde permanecía mi cuerpo, y dormí la mejor siesta de mi vida.

Cuando desperté alrededor del mediodía mi cuerpo todavía se sentía azotado, pero mi alma se sentía nueva. Era como si alguien hubiera entrado y limpiado todo el desorden que

EN ESE MOMENTO, MI  
CORAZÓN DECÍA: «AQUÍ  
ESTÁ, DIOS, TÓMALO. SÍ,  
DIOS, TE TOMARÉ A TI  
EN LUGAR DE LA CULPA  
ATROZ Y LA AFLICCIÓN  
ABRUMADORA».

había en mi interior, y ahora mi corazón podía habitar mi cuerpo en paz. Solo podía pensar en la bondad de Dios, en cómo me había perseguido durante años hasta que finalmente me alcanzó. En cómo me anhelaba cuando yo no lo anhelaba a él. Ahora sabía que lo amaba.

Esa mañana fue histórica para mí. Fue la mañana en la que Dios salvó mi alma.

A partir de ese momento, comencé a hablar de mi fe con todo aquel que me quisiera escuchar.



Cuando reflexiono sobre mi propia historia me impresiona no solo cómo Dios logró rescatarme, sino también cómo logra *utilizarme a mí* para alcanzar a otros.

El apóstol Pablo sintió lo mismo. Para mí fue alentador aprender sobre Pablo porque me identifico con las huellas de Dios en su historia. Yo también tenía un corazón de piedra

con el cual muchas veces apedreaba a los cristianos. Aun así, yo también, como Pablo, conocí un día a Jesús, y hoy lo amo con todo mi ser. No siempre fui un santo, empapándome de himnos en la luz del alba. Una vez, fui un cielo oscuro y rebelde que se escapaba de la luz. Pablo era igual. Cuando Jesús alcanzó a Pablo en el camino a Damasco para llevarlo a la luz del día, sin embargo, Pablo no olvidó la noche oscura de la cual Dios lo había sacado. Nunca dejó de asombrarse de que Dios pudiera utilizarlo a él. Además, ¿no debería ser este el testimonio de todo aquel a quien Dios ha llamado de la oscuridad hacia su luz maravillosa?

La capacidad de Pablo para recordar de dónde Dios lo sacó lo ayudó a abandonar el orgullo y adoptar la gratitud en su andar con Jesús. Escribió a su joven aprendiz Timoteo: «La siguiente declaración es digna de confianza, y todos deberían aceptarla: “Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores”, de los cuales yo soy el peor de todos» (1 Timoteo 1:15). Aunque viajara por el mundo hablando de Jesús a los demás, Pablo recordaba de dónde venía y lo importante que era para él —un antiguo enemigo de Dios— ser mensajero de Dios.

Quizás usted está leyendo este libro y es un tipo del barrio, como yo. Quizás viene de un lugar en el que ir a un seminario no es una opción para muchos. Quizás es una madre que pasa su vida en casa haciendo malabares entre las cuentas y los pañales y aun así busca estudiar la Palabra de Dios a la hora de la siesta. Quizás asiste a una escuela o universidad históricamente negra (HBCU, por su sigla en inglés) y se enfrenta a la experiencia novedosa, y algo confusa, de oír que el cristianismo

es «la religión de los blancos». Sea quien sea usted, mi clamor es que no se sienta descalificado para compartir con el mundo ese tesoro que llamamos evangelio. Si usted ya no vive en tinieblas, quiere decir que puede ver con claridad. Eso es lo que lo califica para ser un evangelista.

Dios no busca utilizar personas especiales. Solo quiere utilizarnos a nosotros, personas normales, para mostrar al mundo que una vez fuimos ciegos, pero ahora vemos. Y ellos también podrían ver, si tan solo se arrepintieran y creyeran. Dios no nos utiliza *gracias a* quienes somos. Dios nos utiliza *a pesar de* quienes somos. Pablo escribe:

Recuerden, amados hermanos, que pocos de ustedes eran sabios a los ojos del mundo o poderosos o ricos cuando Dios los llamó. En cambio, Dios eligió lo que el mundo considera ridículo para avergonzar a los que se creen sabios. Y escogió cosas que no tienen poder para avergonzar a los poderosos. Dios escogió lo despreciado por el mundo —lo que se considera como nada— y lo usó para convertir en nada lo que el mundo considera importante. Como resultado, nadie puede jamás jactarse en presencia de Dios.

I CORINTIOS 1:26-29

Pablo le pone en claro a la iglesia de Corinto que Dios no los eligió por su riqueza, influencia, talento o inteligencia. Dios tiene sus propósitos y se deleita en utilizar nuestras debilidades

para revelar su gloria. Como dice Pablo en otra carta a esta iglesia: «Nosotros mismos somos como frágiles vasijas de barro que contienen este gran tesoro [es decir, el mensaje del evangelio]. Esto deja bien claro que nuestro gran poder proviene de Dios, no de nosotros mismos» (2 Corintios 4:7).

Cuando Jesús les encomendó a sus discípulos la gran comisión, no les dijo: «Vayan y hagan discípulos de todas las naciones... pero primero, consigan un título de exégesis bíblica y otro de apologética y luego pasen varios años más en un seminario». Esas cosas son valiosas y, gracias a Dios, él le ha dado a su iglesia personas que cumplen con esa tarea necesaria. Esas cosas, sin embargo, no nos hacen automáticamente efectivos en el reino de Dios. Jesús concluye diciendo que estará con nosotros hasta el fin de los tiempos. Jesús nos manda a ir y hacer discípulos porque el *Espíritu Santo* nos empoderará para lograrlo. En sus últimas palabras a los discípulos antes de ser levantado al cielo, Jesús dijo: «Recibirán poder cuando el Espíritu Santo descienda sobre ustedes; y serán mis testigos, y le hablarán a la gente acerca de mí en todas partes: en Jerusalén, por toda Judea, en Samaria y hasta los lugares más lejanos de la tierra» (Hechos 1:8). El Espíritu Santo empodera a los testigos.

El Espíritu Santo es el gran nivelador en el ámbito de la evangelización. Dios no nos dio su Espíritu solo para que pudiéramos estudiar y luego volcar en otros lo que sabemos. Nos dio su Espíritu para hablar a través de nosotros. Por supuesto que no busco menospreciar el conocimiento. El conocimiento que tenemos de Dios es esencial para nuestra fe, y la Palabra de Dios

nos dice que la falta de conocimiento destruye a su pueblo (ver Oseas 4:6). ¿Qué pasa si tenemos tanta confianza en lo que sabemos que nos volvemos insensibles a lo que el Espíritu Santo quiere que digamos? Jesús dijo a sus discípulos que cuando fueran llevados ante los poderosos para dar testimonio de su fe «no se [preocuparan] por cómo responder o qué decir. Dios les dará las palabras apropiadas en el momento preciso. Pues no serán ustedes los que hablen, sino que el Espíritu de su Padre hablará por medio de ustedes» (Mateo 10:19-20).

Vemos cómo se cumple esta verdad una y otra vez en el libro de Hechos. En el día Pentecostés, el Espíritu Santo cayó con fuerza sobre la iglesia en Jerusalén, y entonces recibieron el poder para predicar, y tres mil personas se salvaron! En Hechos 4, cuando Pedro y Juan fueron convocados ante los líderes judíos para testificar sobre la sanidad del hombre cojo, presentaron una defensa audaz de su fe en Jesús. Lo que asombró a los líderes judíos fue que «veían que [Pedro y Juan] eran hombres comunes sin ninguna preparación especial en las Escrituras. También los identificaron como hombres que habían estado con Jesús» (Hechos 4:13).

Usted no tiene que ser Billy Graham ni Gary ni yo para compartir su fe con audacia. Solo tiene que andar con Jesús. Cuando estamos en su compañía, él nos hace como él si tan solo se lo pedimos.

Una cosa más sobre este último punto: cuando hablamos de la evangelización, es importante el contexto. Con todo respeto a los cristianos que conocí antes de Gary, sus vidas no tuvieron el mismo impacto en mí que Gary. Eso ocurre porque

la representación es importante, en especial al momento de ver cómo alguien vive en santidad. Yo necesitaba ver que Dios también llama a personas como yo. Todos necesitamos ver cómo Dios cambia una vida, necesitamos ver un antes y un después que podamos comprender. Es difícil imaginarnos viviendo de otra manera cuando no vemos a nadie semejante a nosotros vivir así. Dios utilizó a Gary para darme esperanza de que yo también pudiera recibir un alma nueva. Viendo solo a aquellos que crecieron en la iglesia mostrar vidas entregadas a Jesús, yo podría pensar: *Tú creciste en la iglesia. Claro que eres cristiano*. En cambio, ver que alguien que antes vendía drogas y era pandillero ahora sirve al Señor fue monumental para mí. Que la historia de Gary reflejara la mía hizo que su relación con Dios pareciera más palpable: si Dios lo alcanzó un día, entonces quizás murió para alcanzarme a mí también.

A esto llego: usted puede ser esa persona para otros. Los otros no necesitan que algún famoso se convierta al cristianismo y les hable de Jesús para comprender que es posible vivir para él. Necesitan verlo a *usted*, cualquiera sea su contexto, viviendo su vida por Jesús y demostrando que la fe en él es posible. Y es atractiva.

Jesús encargó la gran comisión como mandato para *todos* sus discípulos porque todos sus discípulos, por el poder del Espíritu Santo, lo pueden cumplir.

LA REPRESENTACIÓN ES  
 IMPORTANTE, EN ESPECIAL  
 AL MOMENTO DE VER CÓMO  
 ALGUIEN VIVE EN SANTIDAD.  
 YO NECESITABA VER QUE  
 DIOS TAMBIÉN LLAMA A  
 PERSONAS COMO YO.

Ahora que usted conoce mi historia y ha visto que Dios lo puede utilizar a usted dondequiera que esté y en su contexto personal, veamos juntos algunas herramientas para potenciar su impacto al momento de decir la verdad del evangelio a un mundo que necesita oírlo.